

Manuel Mejía Vallejo

Las noches de la vigilia



LETRA X LETRA

Mejía Vallejo, Manuel, 1923-1998

Las noches de la vigilia / Manuel Mejía Vallejo. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2013.

182 p. ; 22 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-177-2

1. Cuentos colombianos. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

M516

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría
Villegas

Las noches de la vigilia

Séptima edición: septiembre de 2013 (Primera edición en la Colección Letra x letra)

© Herederos Manuel Mejía Vallejo

© Fondo Editorial Universidad EAFIT
carrera 48A No. 10 sur - 107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-177-2

Imagen de carátula: Valentina Espinosa Muskus L.

Fotografías de guardas: Archivo personal del escritor Manuel Mejía Vallejo, Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

Editado en Medellín, Colombia

Tabla de contenido

La metamorfosis de Manuel Mejía Vallejo <i>Ernesto Volkening</i>	9
Las noches de la vigilia	
Introducción.....	25
Los cazadores.....	27
Otra manera de morir	28
Llanto ajeno	32
El forastero	33
Una canción	34
Ceniza de la noche	36
El galope	38
Sol en el páramo.....	39
Expatriados.....	41
El puma ajeno.....	42

Los sueños del espejo.....	51
Sangre para un sueño	53
Invasión	54
Antepasados	55
Testigo de cargo	58
Duelo en la noche	59
El toro colorado.....	61
La Girándula.....	62
El espantapájaros.....	63
Regreso	70
El sueño de la pesadilla.....	71
Mínimología	72
Soledad	73
Cenizas	75
La sombra desobediente	76
El eco de la eternidad	78
Dos instantes del espejo	79
Nueva cara de la soledad.....	81
De viajes y de muertes.....	82
Cae la noche.....	88

Los enemigos	89
El nubáceo	90
El primer grito	93
El puñal	95
Pasos perdidos.....	96
Otra versión	100
Los metálidos.....	101
Profeta del pasado	102
Uno que no tenía recuerdos.....	104
Páramo.....	105
La voz oculta	113
Aire oscuro	114
Otra soledad.....	117
Volver	118
Los Núa-núas	122
Viento.....	125
Vivir la vida	127
El otro país.....	128
La hechicera	131
Una planta que no se nombra	133

Los días de la espera	134
Matar el tiempo	147
Los lucífagos	148
Reloj sin horas	150
No únicamente los hombres.....	154
Duelo a cuarto cerrado.....	157
Antes de la creación.....	160
La cometa	161
Viento en el espejo	163
Errancia	165
El camino.....	166
El Basilisco.....	170
El autor.....	179

La metamorfosis de Manuel Mejía Vallejo

Haber sido invitado a escribir unas palabras de introducción a *Las noches de la vigilia* de Manuel Mejía Vallejo lo considero un honor, si bien dudo de que mis limitadas capacidades alcancen para ponerme a la altura de las circunstancias. ¿Qué podría decir yo de los designios del autor que él no haya dicho ya mucho mejor y con discreción ejemplar en el prólogo? Por otra parte, no todos los días se le brinda a uno la oportunidad de hablar del cuentista más perseverante y, ciertamente, de los más talentosos que ha tenido Colombia desde tiempo atrás, quizás desde el instante en que se apagara la voz de su gran coterráneo, el maestro Tomás Carrasquilla. Atrevámonos, pues.

Insisto, debo insistir al respecto en lo de la presencia que, a mi parecer, no solo es cualidad inherente a la persona sino mérito, virtud del narrador. Sobre todo en un país por cuyo firmamento literario hemos visto pasar a vuelo raudo muchos grandes talentos, algunos tal vez más brillantes que don Manolo, pero carentes de la paciencia y la tenacidad que admiro en él. Las admiro por tratarse de las virtudes cardinales del buen artesano (tipo humano en trance de desaparecer), y también porque dan prueba de la seguridad que, pese a quienes lo tengan por hombre tímido, siente de su don creativo.

Sin esa convicción serena e imperturbable de tener algo que decir que otros no saben expresar de esta manera, sin ese empeño de buen paisa en seguir adelante llevando a costas el demonio de su genio, qué haría Manuel Mejía Vallejo para tragar tanto sapo y aguantar los mil y un sinsabores inseparables de la existencia del escritor en un continente tan olvidadizo como el nuestro (e incapaz, por ende, de crear una auténtica tradición literaria que presupone memoria, facultad recordativa, devoción), tan propenso, en fin, a menospreciar lo que de bueno hay por aquí, a la vuelta de la esquina, o a comerse el mañana teniendo todavía en el buche el hoy y el ayer.

Hace poco me contaron que a los diecisiete o dieciocho años ese hombre inverosímil escribió una novela, la primera, que llamó la atención de don Baldomero Sanín Cano, catador de valores si los hay. ¿Quién está enterado de ello, y por ir al grano se acuerda de *Aire de tango*, que salió hace dos años apenas? –La respuesta es un silencio glacial. Sin embargo, tenemos ahí la obra que ni el más ambicioso autor hubiera desdeñado de escribir. La evocación de un mito que nació en nuestros días, ante nuestros ojos, rarísima síntesis de lo genuinamente popular y lo más quintaesenciado que sea dable imaginar. Había aparecido, por fin, el elefante blanco que todos anhelábamos ver, pero fueron pocos los que se dieron cuenta de haber presenciado un acontecimiento de singular trascendencia. Moraleja: los pasos de animal grande no se oyen si no hay quien los pregone batiendo tambores. Entre tanto, el novelista proseguía paciente e imperturbable en su camino por la estepa de las llamadas bellas letras.

Hablábamos de los que pasan por el horizonte de la literatura dejando tras de sí una estela de meteóricos fulgores, y cual meteoro se desvanecen. Otros, más longevos y tenaces, nos acompañan un buen trecho aferrados a sus antaños prometedores comienzos, a probadas fórmulas que repiten sin añadir nada de nuevo al éxito inicial. En ellos se ha vuelto necesidad lo que en Mejía Vallejo es virtud. Una virtud cuya posesión, a decir verdad, tampoco es suficiente para perpetuar el prestigio verdadero de un autor. Necesítase algo más, el don gratuito, como podríamos llamarlo entendiéndolo por ello la esencia de la vida creativa, suerte de piedra de toque propia para determinar si la materia de que se nutre su vitalidad es cosa durable y pura, oro de buena ley. A mi ver, este secreto de una existencia consagrada a la producción literaria reside en la capacidad regeneradora, en la facultad de cambiar de rumbo una vez que el escritor, habiendo agotado cuanto estuviera a su alcance en una primera (para muchos la única) fase de actividad creadora, se acerque al punto neurálgico, a una zona de peligro, de dudas, o de promesas difíciles de cumplir.

Tarde o temprano, al poeta, al cuentista, al hombre de letras le toca hacer frente a esa crítica situación vital que solo deja una alternativa: o seguir los hollados senderos de la repetición, o dar vuelta al timón y lanzarse a la aventura en busca de nuevas costas, nuevas soluciones. El cambio tendrá, las más veces, características de viraje súbito, sorprendente, hasta desconcertante para los lectores habituados a escuchar la voz familiar del autor, aunque no se debe olvidar que suele precederlo en las regiones del inconsciente creativo un lento y laborioso proceso de incu-

bación. Las grandes metamorfosis no se producen de la noche a la mañana. Ni siquiera sería justo afirmar que la transformación lo pone todo al revés sin dejar piedra sobre piedra en la obra literaria. Obedeciendo a no sé qué sutil dialéctica inherente a la creatividad poética, uno que otro elemento característico de la fase anterior volverá a aparecer en otro plano y bajo nuevo aspecto luego de haber sido destilado en alquímicas retortas, y raras veces o nunca nos será dable comprobar una ruptura completa, la disociación radical de la personalidad de un autor.

Aun así, no fue poca mi sorpresa cuando leí, algunos años ha, una primera versión de los cuentos que en este tomo se publican bajo el título de *Noches de la vigilia*, y creo que los lectores familiarizados con el recio verismo de una novela por el estilo de *El día señalado* o de los famosos *Cuentos de zona tórrida* experimentarán una sensación similar. ¿Aquí qué pasó?, se pregunta uno perplejo al caer en la cuenta de la distancia casi astronómica entre estos y los de la especie de “Ceniza de la noche” o “El puma ajeno”, “Páramo” o “El Basilisco”, por citar apenas unos ejemplos de lo que ha ocurrido de algún tiempo para acá en la narrativa de Manuel Mejía Vallejo. Asombrosa se me hace la diferencia, sobre todo cuando considero que ya no es de grados, sino de orden cualitativo: suerte de salto mortal comparable, hasta cierto punto, con el brinco que en la segunda década del siglo dio la pintura de la representación del mundo exterior a la de experiencias íntimas, estados del alma, categorías y estructuras de otro universo.

Si enfocamos el fenómeno desde este ángulo, nuestra perplejidad no tardará en tornarse feliz asombro ante la metamorfosis observable en el caso de Mejía Vallejo.

Después de haber conquistado con las armas del arte realista el mundo que lo rodeaba en un momento particularmente crítico de la historia de Colombia y su pueblo, consiente ya de la imposibilidad de decir cosa alguna que no hubiera dicho antes sobre la violencia, la tremenda explosión de odios fraticidas que constituía el gran tema de sus narraciones de los años cincuenta y sesenta, superó en este libro de cuentos una fase de su vida de narrador que había dado cuando pudo dar de sí. Eludiendo el peligro del estancamiento, de la frase hecha, del uso de gastados moldes que en cierto momento les amenaza a quienes desobedecen la ley del “muérete y resucita”, nació por segunda vez en una trasmutación milagrosa, lograda tras largas y dolorosas “noches de vigilia”. De esta suerte, hasta el título bajo el cual quedan comprendidas sus historias de Balandú nos revela la secreta connotación de ansias precedentes al amanecer.

Tales observaciones no implican ningún menosprecio del realismo que caracteriza la pretérita fase creativa de Manuel Mejía Vallejo y, sin duda, representa un momento importante, hasta necesario para la génesis de su obra narrativa vista de conjunto. Solo he querido decir esto —y pido perdón por mi apreciación quizás harto subjetiva: aun cuando no hubiera escrito sino *El día señalado* y *Cuentos de zona tórrida*, por mencionar lo que mejor conozco, el autor figuraría entre los cuentistas colombianos más respetados del cuarto de siglo próximo a fenecer, sin que se justificase calificarlo de sobresaliente en un género cultivado desde hace tanto tiempo. Lo excepcional que luego llegaría a culminar en una obra de las dimensiones de *Aire de tango* data de *Las noches de la vigilia*. Habrá quien objete que estos cuentos relatados al amor de la lumbre en algún vetusto

caserón de Balandú, “pueblo en vía de sueño”, pertenecen al género fantástico cuya historia, a fuer de obsoleta, se remonta hasta edades aún más remotas que la del no menos obsoleto cuento de cuño realista. Vale la pena ocuparnos brevemente de ese reparo.

Primero que todo, no estoy muy seguro de que las historias de Mejía Vallejo puedan incluirse, sin más ni más, en la categoría de lo fantasmagórico entendiendo por ello cuanto caiga fuera de la órbita de lo “real”, o sea de nuestra experiencia cotidiana. Para escribir, verbigracia, un buen cuento de aparecidos o espectros, un *gothic tale* como dicen los anglosajones tan versados en la materia, basta con tener un poco de imaginación, otro poco de arte en cuanto atañe a crear cierto ambiente, y mucha destreza en el manejo de los resortes e hilos del suspenso, pero no es en absoluto necesario que el autor sea un visionario ni que crea en la existencia de sus criaturas. Puede ser en la vida normal un racionalista, un filisteo, “una lata”, sin menoscabo de la sugestividad de sus cuentos. Los de Manuel Mejía Vallejo son maíz de otro costal, y de otra índole es el narrador cuyas historias, digámoslo de paso, tampoco se acomodan a los moldes de lo “irreal” en la acepción común y corriente y un tanto idiota del término. Tienen realidad, solo que esa realidad es la del alma, de un mundo cuyas razones son ajenas a nuestro razonamiento habitual.

En segundo lugar cabe observar que en las artes y letras no existe género al cual, así hubiese caído temporalmente en desuso, sea aplicable el calificativo de obsoleto, pues como lo enseña la experiencia, no hay ninguno que en el momento menos esperado no pueda salir de la tumba. Sí pueden ser obsoletos en el sentido de pasados de moda o “chapados a la

antigua” ciertos modos de expresión, y por este respecto es de advertir que Mejía Vallejo se expresa como todo hombre normal de nuestra época, con la única diferencia de que lo hace mucho mejor que la gran mayoría, sin exceptuar a quienes escriben por oficio. A veces, un extranjero recién desembarcado me pregunta qué le aconsejo leer para que se familiarice con el espíritu y la letra de la lengua que se usa en esta tierra. Acostumbro recomendar en tal caso la lectura de las novelas de J. A. Osorio Lizarazo por su estilo parco, conciso, seco y horro de adornos. Las mismas cualidades caracterizan los cuentos de Balandú, cuyo lenguaje diáfano y sencillo tan deliciosamente contrasta con la luz difusa, extraña e incierta que dimana de una substancia narrativa de muy arcaica raigambre.

Y a propósito de lo arcaico en *Las noches de la vigilia*: recurriendo a la terminología en boga, a esa manera algo pedante y doctrinaria de situar una obra, se podría decir (con cautela) que refleja la emotividad propia de condiciones de vida anteriores a la era industrial, de una Colombia rústica que aún anda lejos de explotar en la escala fabril hasta los últimos rincones y recovecos de sus tierras, donde hay todavía paisaje, bosques sin talar, arroyos sin contaminar, peces, aves y cuadrúpedos salvajes sin extirpar, brisas fragantes, silencios, misterio, cuchicheos de Balandú. —Pues ahí está el detalle, se me dirá, si le interesan esas cosas, vuelva a leer *La María*, nosotros que nada sabemos del bucólico ambiente que usted añora tenemos otros problemas, otras inquietudes que, así lo deseáramos (pero ni siquiera lo deseamos), no nos permiten ocuparnos de un estilo de vida, un modo de ver y sentir cuyas mismas fuentes, o están por secarse o se han secado ya como el mar en *El otoño del patriarca*. —Al

contrario, sería mi respuesta, el hecho de hallarnos ante un pasado materialmente irrecuperable por sí solo nos obliga a integrarlo en nuestro patrimonio espiritual. De integración se trata, o sea de una necesidad vital muy distinta del romántico correr en pos de los días idos.

Entre paréntesis, esos estados del alma que dizque se fueron para siempre, en Manuel Mejía Vallejo, cuyo reloj anda de diferente manera, viven, constituyen una presencia poética hasta tal punto tangible que le basta con dar una vuelta de tuerca para evocarlos en toda su plenitud rodeada de lejanos resplandores. Sería un gran error atribuirle el propósito de reconstruir algo así como los paraísos artificiales del simbolismo finisecular. Lo que hizo en *Las noches de la vigilia* fue crear –no digo un mundo de su propia invención, pues que tales eventos e imágenes no se inventan, se recuerdan– sino un microcosmos que refleja otro universo más vasto, más inescrutable y tan misterioso como el sonido oscuro y nostálgico de la *u* final de Balandú. Ignoro si en Antioquia existe algo parecido a ese pueblo acurrucado al pie de la cordillera, a ese “cansancio en madera y piedra”, y a la casa de las dos palmas con sus “aires de encierro”, o si habremos de buscarlo en otro mapa ajeno a nuestra geografía, trazado bajo más extrañas constelaciones por un cartógrafo de tierras y mares del ensueño. Solo sé que el paisaje cuyos contornos, a un tiempo borrosos y muy precisos, se traslucen en cada página deja una impresión de evidencia como no la tienen sino las cosas vividas en su “mismisidad”. De ahí mi aversión a calificar de “fantásticos” los que preferiría llamar cuentos de espejismos, si bien en un sentido distinto del que le atribuyen a la palabra los diccionarios. Los espejismos de Manuel Mejía Vallejo nada

tienen de falaz o ilusorio; son entes metafísicos, y como tales poseen su propia verdad inefable.

En el prólogo de su libro, un prefacio que cual cáscara de nuez encierra la almendra de cuanto se hará luego explícito en los relatos, dice el narrador evocando la soledad del páramo de Balandú, que “era el eco de un estado de alma”. Pero el eco, iqué es si no la transposición acústica de lo que en la óptica peculiar de Mejía Vallejo significa la imagen reflejada por el espejo! Y el arcano del espejo tiene para él trascendental importancia, tanto así que hay pocos cuentos en los que no predomine y, sin desdecir de su poesía inmanente, se eleve a la altura de una especie de filosofía hermética. Muchas cosas, casi se dijera, todo un *orbis pictus* a la manera de las cosmografías del Renacimiento, se ven en el cristal del caserón de las dos palmas: las efigies de sus habitantes y contertulios de las noches de vigilia, animales raros pertenecientes a una fauna que haría el deleite de Borges, hasta plantas cuyas hojas tersas a su vez reflejan –espejos dentro del espejo– un mundo del cual no sabríamos decir exactamente en dónde se encuentre. Sin embargo, el trabajo que nos cuesta ubicarlo halla su explicación, no por intrincada menos convincente. Lo que ven los personajes de los cuentos es apenas la sombra dorada de aquel “otro” mundo que queda a sus espaldas y desde allí contempla absorto su propia sibilina imagen prisionera en el espejo. Desde luego, no todo es panorama ni contemplación pura en Balandú, pues de lo contrario faltaría el narrador a su deber principal de contarnos un cuento en que, como cualquiera lo sabe y tiene derecho a exigirlo, ha de suceder algo.

En efecto, algo sucede. El cristal de vez en cuando se agrieta, y por las grietas salen unos seres ávidos de encar-

narse, hacernos compañía, tomar parte de nuestra pedestre realidad cotidiana, o beberles el jugo a los vivos como las ánimas a quienes Ulises generosamente libaba unas gotas de sangre en su descenso al Orco. Como si fuera poco, mientras ellos escapan de su vidriosa cárcel, otros entran huyendo de ingratos destinos. Tal el basilisco de mortífera mirada, la más extraña de cuantas fabulosas criaturas sacara Manuel Mejía Vallejo de sus antros. Cuando se mira en el espejo muere de puro espanto, y en el espejo renace tras misteriosa metamorfosis un basilisco embrional. Del pequeño monstruo no se da ninguna descripción, pero tan grande es el poder evocador y tan estupenda la imaginativa subyacente al relato, que creemos verlo, más aún, lo vemos con los ojos del narrador en toda su mitológica *terribilità*.

“Ver visiones”, se dice en castellano, y de veras, todo lo que nos cuenta Mejía Vallejo, hasta la historia de endriagos más quiméricos que la salamandra entre las llamas que nos describe Benvenuto Cellini en sus memorias, todo sin excepción es cosa vista, cosa que, así sea leve y volátil como la materia “de la que se hacen los sueños”, se puede tocar con la mano. De ahí también la inclinación del autor a restituir incluso al símil más manoseado, a la más trillada de las metáforas, su visualidad primitiva, el sensual encanto del primer día de la Creación. Todo el mundo está acostumbrado a hablar de “las horas que pasan”, pero es mera *façon de parler*, un giro al cual el común de las gentes ya no asocia la imagen que le corresponde. En los cuentos de Balandú vemos pasar las horas, unos seres alados, danzarines e insubstanciales, en alegre desfile o en cortejo fúnebre, según la ocasión.

Al hábito un tanto uilenspiegeliano de tomar al pie de la letra cuanto se dice sin pensar, corren parejas la facultad creadora inherente al Verbo, su poder mágico-poético, el don de infundir vida, imprimir forma y figura a lo inexistente con solo nombrarlo. Lo que no tiene nombre, tampoco existe, mas en el instante mismo de ser denominado toma cuerpo, hasta se torna capaz de destruir a su creador. Del fondo del espejo salta el puma listo a dar el zarpazo, y de Pedro cuentan que “había muerto a manos de un tigre”, y que “este tigre lo fue haciendo Pedro noche a noche, lo fue haciendo de pensarlo, de soñarlo y esperarlo, de tenerle miedo [...]”. Aquí entramos en el ámbito arcaico de los conjuros y encantamientos que es terreno sembrado de minas en donde cada cual se mueve por su propia cuenta y riesgo. El llamado juego de la fantasía, pasatiempo harto peligroso es, justamente por tener su escenario en regiones en las que todo es posible.

Mucho más se podría decir al respecto, pero prefiero terminar, temeroso de echar a perder con vanas reflexiones el misterio de un mundo situado en la tierra limítrofe entre la vigilia y el ensueño, privándolo así de su mayor encanto al aplicar los ácidos del análisis a estos cuentos tan afines, por otra parte, al hermetismo calderoniano de *La vida es sueño*. En los Crisoles del arte narrativo de Manuel Mejía Vallejo se amalgaman autóctonos metales con los de la herencia española, y de las cenizas resucita, quizás por última vez, el genial hibridismo criollo.

Ernesto Volkening

